

LA PRESENCIA DEL ESPÍRITU SANTO EN LAS RELIGIONES

FRANCISCO CONESA

El pluralismo creciente de la sociedad así como el desarrollo de diversos saberes en torno a la religión han urgido la articulación de una teología de las religiones, tema que no está de ninguna manera ausente de la tradición cristiana, pero que es replanteado con gran fuerza en la teología actual. En este contexto está resultando muy fructífera una doctrina que ya el último concilio destacó: la presencia del Espíritu Santo en las tradiciones religiosas de los pueblos. El objetivo de esta comunicación es exponer las líneas principales de comprensión de esta presencia y acción. Es preciso advertir desde el comienzo que esta reflexión se realiza de un modo genérico, es decir, sin juzgar acerca de la presencia del Espíritu en ninguna religión concreta. Por otra parte, me limitaré a poner de relieve cuáles son los principales datos sobre esta cuestión. Se trata, pues, de un primer acercamiento, abierto a una reflexión posterior más profunda.

1. LA UNIVERSALIDAD DE LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

El primer paso para comprender la presencia del Espíritu Santo en las religiones es tener en cuenta la universalidad de su acción, cuestión que está ya presente en la Escritura y la Tradición viva de la Iglesia y que cobra un relieve especial en la actual situación de pluralismo religioso y cultural.

En numerosos pasajes del Antiguo Testamento se destaca la presencia de la *ruah* divina, el Espíritu de Dios, en la creación del mundo y, muy especialmente, en la creación del hombre¹. El Espíritu es entendido como una fuerza vital creadora de todas las cosas, que se cier-

1. Sobre el tema en la Escritura vid. J. DUPUIS, *Jesucristo al encuentro de las religiones*, Paulinas, Madrid 1991, pp. 213-218.

ne sobre las aguas desde el comienzo de la creación (Gen 1, 2). Por medio del Espíritu, Dios trascendente se hace presente de un modo permanente en lo creado: «envías tu espíritu y los creas, y repueblas la faz de la tierra» (Sal 104, 30). Este Espíritu actúa allí donde hay vida, inundando con su presencia toda la realidad creada. «El espíritu del Señor llena la tierra y, como da consistencia al universo, no ignora ningún sonido» (Sab 1, 7).

La acción del Espíritu se extiende más allá de los confines del pueblo elegido pues hay «santos» que no han vivido la religión hebrea como Abel, Enoc, Noé, Job o Melquisedeq². La Escritura reconoce también expresiones auténticas de manifestación del espíritu profético entre los mismos paganos como el caso de Balaam (Num 22-24) y del profetismo cananeo (1 Re 18). Según la Biblia también los paganos son objeto del cuidado y de la misericordia de Dios. Por ello Dios ha enviado a sus profetas: Jeremías es «constituido profeta de las naciones» (Jer 1, 5), es decir, de los paganos; el «siervo de Yahveh» es hecho «luz de las naciones» para que la salvación «alcance hasta los confines de la tierra» (Is 49, 6); Jonás es invitado a predicar a los habitantes de Nínive, los cuales se convierten y son salvados (Jon 3, 1-10); al final de los tiempos también las naciones paganas participarán de la adoración y alabanza a Yahveh en su monte santo en donde «confluirán todas las naciones» (Is 2, 2-3)³.

En el Nuevo Testamento el Espíritu aparece siempre ligado a Jesucristo, que es el Ungido por el Espíritu. La obra del Espíritu es presentada en relación con Cristo: es el don del Hijo que conduce a Él. En algunos textos del Nuevo Testamento se insinúa la acción universal del Espíritu. Es él el que precede y guía la predicación al comienzo de la misión a los paganos (Hch 10, 19.44-47). En los tiempos mesiánicos —recuerda Pedro en Pentecostés— el Espíritu ha sido derramado «sobre toda carne» (Hch 2, 17, que cita a Jl 3, 1) de manera que «en toda nación el que teme a Dios y practica la justicia le es acepto» (Hch 10, 34-35). La presencia del Espíritu sobre los paganos (Hch 10, 44) constituyó para la Iglesia apostólica la prueba histórica de que el Espíritu de Dios ha sido derramado sobre todo hombre.

Ahora bien, la acción del Espíritu antecede a la de Cristo, pues obra en la creación, con el fin de conducirla a la libertad de los hijos

2. Cfr. J. DANIELOU, *Los santos paganos del Antiguo Testamento*, Lohlé, Buenos Aires 1960.

3. El término «naciones» (*goyyim*) tiene un significado religioso más que político: frente a los «elegidos» se sitúan las «naciones» (cfr. P. HACKER, *The Religions of the Nations in the Light of the Holy Scripture*, en «Zeitschrift für Missionswissenschaft und Religionswissenschaft» 54 [1970] 163).

de Dios (Rom 8, 20s). Con la efusión del Espíritu la humanidad entera y el cosmos son recreados. Esta acción del Espíritu Santo no tiene límites de espacio ni de tiempo. El Espíritu «sopla donde quiere» (Jn 3, 8); sobrepasa la Iglesia para dar vida a los hombres y transformar el cosmos. Las señales de la acción del Espíritu son la unión y paz del hombre con Dios y de los hombres entre sí. San Pablo acentúa la dimensión cósmica del misterio de Cristo, el cual alcanza al entero universo. El Espíritu actualiza este misterio pascual; hace presente en la historia el señorío de Cristo.

La acción universal del Espíritu ha sido reconocida a lo largo de la historia de la teología⁴. Los Padres estuvieron convencidos de que el Espíritu actúa en todas partes. San Ireneo dice que «el Verbo de Dios (...) envió el don del Espíritu celeste sobre toda la tierra»⁵. El Espíritu de Dios —explica— «desde el principio, en todas las economías de Dios, estuvo presente en los hombres»⁶ y habla de «muchos pueblos bárbaros que han creído en Cristo y poseen la salvación, escrita sin papel ni tinta en sus corazones mediante el Espíritu»⁷. San Juan Crisóstomo declara que «la gracia ha sido derramada sobre todos: no se rehusa ni al judío, ni al griego, ni al bárbaro, ni al escita, ni al hombre libre, ni al esclavo, ni al anciano, ni al joven. A todos por igual admite a gozar de sus beneficios y honores»⁸. Por esta razón, los Padres reconocen la acción del Espíritu en muchos hombres que no vivieron la religión judía. El mismo Adán —dice Tertuliano— profetizó «por la irrupción del Espíritu»⁹; lo mismo hizo Balaam, quien «pronunció la bendición que el Espíritu le sugería en aquel mismo instante»¹⁰. En las catequesis de Jerusalén del siglo IV se menciona la acción del Espíritu en los personajes más conocidos del Antiguo Testamento, incluyendo a «Enós, Enoc, Noé, y los demás», «también tuvo este mismo don el fortísimo Job y todos los demás santos, cuyos nombres no vamos a enumerar»¹¹. Más tarde San Agustín advertirá que también los paganos han tenido «santos ocul-

4. Cfr. una breve reseña en Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona 1991, pp. 423-425.

5. S. IRENEO, *Adversus haereses*, III, 11, 8. Expresiones parecidas se encuentran en III, 17, 2 y 3. En III, 19, 1 habla de «El don del Espíritu Santo, derramado en los últimos tiempos según el beneplácito del Padre sobre el género humano» y en III, 17, 1 que este Espíritu «se acostumbró a habitar en el género humano».

6. S. IRENEO, *Adversus haereses*, IV, 33, 1. Cfr. T.L. TIESSEN, *Irenaeus on the Salvation of the Unevangelized*, The Scarecrow Press, Metuchen 1993, pp. 174-187.

7. S. IRENEO, *Adversus haereses*, III, 4, 2.

8. S. JUAN CRISÓSTOMO, *Homilias sobre el Evangelio de S. Juan*, 8, n. 1.

9. TERTULIANO, *Del alma*, 11, 4. Cfr. ORÍGENES, *De los principios*, I, 3, 7.

10. TERTULIANO, *Contra Marción*, IV, 28, 8.

11. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis*, XVI, 27-28.

tos»¹² y que «no se debe dudar de que también los gentiles tienen sus profetas»¹³.

Los autores posteriores de la Escolástica admitieron que el Espíritu Santo es el principio de todo conocimiento de Dios verdadero. En la Edad Media se citó y glosó frecuentemente una fórmula del *Ambrosiaster* que se atribuyó a San Ambrosio: *omne verum, a quocumque dicitur, a Spiritu Sancto est*¹⁴. Incluso algunos autores aplican esta idea al obrar moral, sosteniendo que «nadie puede obrar el bien si el Espíritu Santo no obra en él».

El concilio Vaticano II, al reflexionar sobre el valor de las tradiciones religiosas y culturales de los pueblos, advirtió signos de la presencia del Espíritu, más allá del cristianismo, en el mundo entero. Hay dos textos muy significativos en los que se contempla a las culturas y las religiones bajo la acción del Espíritu. El primero es del decreto *Ad Gentes*. Después de haber declarado que «el plan universal de Dios se realiza también a través de sus actos religiosos con los que se acercan a Dios» (AG 3)¹⁵, declara que el Espíritu «obraba ya en el mundo antes de que Cristo fuera glorificado» (AG 4). Se reconoce así la acción del Espíritu antes de la glorificación de Cristo y fuera de la Iglesia. El segundo texto, más explícito, pertenece a *Gaudium et Spes* y dice así: «Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual (*paschali mysterio consociati*)» (GS 22). Se destaca que los caminos por los que actúa el Espíritu son conocidos sólo por Dios.

Este texto es coherente con toda la doctrina de esta constitución pastoral, que advierte la acción del Espíritu en las religiones, las cultu-

12. S. AGUSTÍN, *De catechizandis rudibus*, c. 22, n. 40 (PL 40, 339).

13. S. AGUSTÍN, *Contra Faustum*, 19, 2 (PL 42, 347-348). Es significativo que Pablo VI citara este texto al regreso de su viaje a la India (*Audiencia general*, 19-12-1964).

14. AMBROSIASSTER, *In 1 Cor 12, 3* (PL 17, 245). Vid. otros textos en Z. ALSZEGHEY, *Nova Creatura. La nozione della grazia nei comentari medievali di S. Paolo*, Universitatis Gregoriana, Romae 1956, pp. 196 s. Tomás de Aquino cita este principio varias veces sin ofrecer explicación (vid. por ejemplo *Quaestiones disp. de veritate*, q. 1, a. 8, sed contra). En *Summa Theologiae* I-II, q. 109, a. 1, ad 1 entiende esta máxima en el sentido de que el Espíritu Santo infunde la luz natural y mueve a entender y manifestar la verdad. Excluye, sin embargo, la necesidad de la gracia para conocer ciertas verdades del orden natural. Ver también Y.M. CONGAR, *La tradición y las tradiciones*, vol. 1, Dinor, San Sebastián 1964, pp. 204 y 228.

15. En el tema de la acción de Dios en los no cristianos se da una evolución creciente en los textos conciliares desde los primeros documentos hasta *Ad Gentes* y *Gaudium et Spes*, ambos aprobados en la sesión final del Concilio (7-12-1965). Desde ahora usaremos en el texto las abreviaturas: AG: Decr. *Ad Gentes*; GS: Const. Past. *Gaudium et Spes*; LG: Const. Dogm. *Lumen Gentium*; NA: Decl. *Nostra Aetate*.

ras y las aspiraciones del hombre. El Espíritu está presente en el mundo de hoy, en las aspiraciones de todos los seres humanos a una mejor calidad de vida (GS 38), a un orden social más dignos del hombre (GS 26) y a una fraternidad universal (GS 39). Su influjo constante mantiene vivo, en el hombre, el interrogante de su destino religioso (GS 41), ofreciéndole la luz y la fuerza para cumplirlo (GS 10). El diálogo con el mundo de la cultura y de las religiones puede, por esto, movernos a recibir fielmente los impulsos del Espíritu (GS 92). En el documento sobre «Diálogo y anuncio» se considera que estas afirmaciones del concilio deben entenderse referidas tanto a los individuos como a sus religiones: «El concilio reconoció abiertamente la presencia de valores positivos no sólo en la vida religiosa de cada uno de los creyentes de las tradiciones religiosas, sino también en las mismas tradiciones religiosas a las que pertenecen. Atribuye estos valores a la presencia activa de Dios mismo a través de su palabra, así como a la acción universal del Espíritu»¹⁶.

En continuidad con esta doctrina Juan Pablo II, desde la misma encíclica programática de su pontificado, *Redemptor hominis*, ha puesto de relieve y ha advertido la presencia del Espíritu en la sociedad, la historia, en las culturas y en las religiones¹⁷. Gestos muy significativos del Papa como su visita a Marruecos el agosto de 1985, el encuentro en la Sinagoga de Roma y, especialmente, el encuentro de las grandes religiones mundiales en Asís para orar por la paz manifiestan esta convicción profunda de Juan Pablo II. Con frecuencia ha ido retomando esta doctrina especialmente a propósito del diálogo inter-religioso y la ha reiterado en la encíclica *Redemptoris Missio*¹⁸.

2. LA PRESENCIA DEL ESPÍRITU SANTO EN LAS TRADICIONES RELIGIOSAS

A la luz de los antecedentes que hemos expuesto, pasamos a afrontar cómo se puede entender la presencia y actuación del Espíritu en las religiones y cuál es su relación con el misterio de Cristo y con la Iglesia.

1. La teología de las religiones, tomando como base la universalidad de la acción del Espíritu Santo, reconoce la *presencia del Espíritu en las religiones*. Esta afirmación es coherente, en primer lugar, con la doctrina conciliar de que hay elementos de «verdad» y de «gracia» en

16. Cfr. PONTIFICIO CONSEJO PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO-CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, *Diálogo y anuncio* (19-5-91), n. 17.

17. Cfr. Enc. *Redemptor hominis* (4-2-1979), 6 y 12.

18. Cfr. Enc. *Dominum et vivificantem* (18-5-86), 53 y Enc. *Redemptoris Missio* (7-12-90), 28-29.

las religiones. En las tradiciones religiosas no cristianas existen «cosas verdaderas y buenas» (OT 16), «cosas preciosas, religiosas y humanas» (GS 92), «gérmenes de contemplación» (AG 18), «elementos de verdad y de gracia» (AG 9), «semillas del Verbo» (AG 11, 15), «rayos de la verdad que ilumina a todos los hombres» (NA 2). Debemos reconocer que suscitando y alentando estos valores positivos y lo que hay de gracia en las religiones está el mismo Espíritu de Dios.

Otra base para el reconocimiento de la acción del Espíritu en las religiones es la advertencia de que ellas pueden favorecer la relación de muchos hombres con Dios, y de hecho la favorecen. En cuanto que lo hacen son fruto del impulso del Espíritu; son objetivaciones de la respuesta del hombre al *instinctus Dei invitantis*¹⁹. Las religiones son respuesta a la iluminación e invitación de Dios, que atrae a todos los hombres hacia sí.

La afirmación de la acción del Espíritu Santo en las religiones es coherente también con el reconocimiento de que, por medio de ellas, es posible que sus miembros alcancen la salvación. En virtud de los valores positivos que se encuentran en sus religiones y que ha sido sembrados por el Espíritu los hombres religiosos pueden unirse a Dios y alcanzar así la salvación. El don de la salvación —que Dios no niega a nadie— puede extenderse a muchos hombres a través de las religiones en virtud precisamente de la acción del Espíritu Santo. En un texto muy claro del documento sobre «Diálogo y anuncio» se afirma que «a través de la práctica de lo que es bueno en sus propias tradiciones religiosas, y siguiendo los dictámenes de su conciencia, los miembros de otras religiones responden positivamente a la invitación de Dios y reciben la salvación en Jesucristo, aun cuando no lo reconozcan como su salvador»²⁰.

En virtud de su propia religión, muchos hombres sostienen una auténtica vida religiosa y una búsqueda de Dios la cual, a pesar de su imperfección, puede ser un instrumento a través del cual Dios comunica su gracia. Por eso se puede decir que las religiones cumplen para sus miembros una función instrumental y, en cierta manera, sacramental. Ahora bien, si tienen esta función «es porque Cristo, en su misterio de Verbo encarnado, con su Espíritu está presente en ellas y con su gracia redentora las hace capaces de ser instrumentos de salvación»²¹.

19. Esta idea es propia de P. ROSSANO, *Dialogo e annuncio. L'incontro con le grandi religioni*, Paoline, Milano 1993, p. 326.

20. *Diálogo y anuncio*, n. 29.

21. G. SALVINI (pres.), *Il dialogo tra le religioni. Gli editoriali della Civiltà Cattolica*, Elle Di Ci, Torino 1996, p. 77. La CTI explica: «Por razón de este explícito reconocimiento de la presencia del Espíritu de Cristo en las religiones —explica la Comisión Teológica Internacional—, no se puede excluir la posibilidad de que estas, como tales, ejerzan una cierta

Por último la presencia del Espíritu Santo en las religiones puede ponerse en relación también con la peculiar manifestación de Dios a la que ellas responden. Aunque sea de una manera incompleta, Dios se ha manifestado a los hombres religiosos. Esta manifestación no obedece sólo a lo que el hombre puede descubrir de Dios en la creación, sino que está ligada a la voluntad de Dios expresada en la alianza que mediante Noé realizó con las naciones (Gen 7, 1ss.), la cual —como recuerda el Catecismo— «permanece en vigor mientras dura el tiempo de las naciones, hasta la proclamación universal del Evangelio»²². En virtud de esta alianza seguirá habiendo un orden en el mundo, a pesar del pecado del hombre, que debería haberlo perturbado. Ahora bien, en cada una de las alianzas se da una actuación del Espíritu Santo; cada etapa de la historia de la salvación cuenta con la actuación del Espíritu, que la dirige hacia la plena manifestación de Dios en Jesucristo²³. Por eso, bajo el impulso del Espíritu, el hombre puede reconocer la manifestación de Dios a las naciones.

2. Ahora bien, la presencia del Espíritu en las religiones *no es uniforme*. Afirmar que el Espíritu Santo actúa en las religiones no equivale a suscribir que todo en ellas sea obra suya porque, aunque Dios ofrece a todos su gracia, el hombre puede rechazarla. Es más, la tentación de infidelidad a la acción del Espíritu es constante. Factores culturales, deficiencias en la vivencia de la propia religión y —no hay que olvidarlo— la dificultad que el hombre «herido» por el pecado tiene para percibir con claridad la llamada e invitación de Dios, pueden hacer que esa acción del Espíritu se vea frustrada²⁴. Además no todas las religiones lo son de la misma manera. Muchas veces encontramos elementos en las religiones que pueden constituir, por su contradicción con la revelación cristiana, un obstáculo real a la efusión de la gracia de la salvación. Una religión concreta puede realizar de modo deficiente lo que constituye su esencia: servir de cauce para establecer una relación entre el hombre y Dios. Así pues, las religiones son un testimonio de la acción universal del Espíritu, pero también contienen deficiencias y degeneraciones, que reflejan la desobediencia a esta acción.

3. La acción del Espíritu en las religiones está en *relación de dependencia con Jesucristo*. Hay que tener en cuenta que el Espíritu no revela nada de sí mismo, sino que todo lo hace en relación al Verbo; es, en

función salvífica, ayudan a los hombres a alcanzar el fin último, a pesar de su ambigüedad» (COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *El cristianismo y las religiones* [1996], Edim, Valencia 1997, n. 84).

22. *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 58.

23. Cfr. J. DUPUIS, *o.c.*, p. 232.

24. Cfr. F. CONESA, *Sobre la «religión verdadera»*. Aproximación al significado de la expresión, en «Scripta Theologica» 30 (1998) 72-74.

expresión de Balthasar, «el desconocido allende el Verbo»²⁵. Por ello, la acción del Espíritu en las religiones se dirige especialmente a sembrar las semillas del Verbo en sus creencias y ritos. El Espíritu, que preparó a la humanidad para la venida de Cristo y que hizo posible la encarnación del Verbo, sigue sembrando sus semillas y manifestando al Logos de Dios en las religiones. Con el fin de guiar a los hombres hacia la verdad, el Espíritu siembra las «semillas de la Palabra» en las tradiciones religiosas (AG 11). De este modo las religiones son una preparación para el encuentro con Cristo. El Espíritu —advierte Juan Pablo II— es «Aquel que construye el reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las semillas de la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos»²⁶.

Además, el fin de la acción del Espíritu en las religiones es que los hombres, dóciles a su impulso, se asocien al misterio pascual. La gracia que salva es la gracia de Cristo, obtenida por los méritos de su pasión y muerte y comunicada por medio del Espíritu²⁷. Este misterio de la salvación alcanza a muchos hombres y mujeres «en el modo en que Él conoce» (*modo Deo cognito*; GS 22), «por vías que sólo Dios conoce» (*vis sibi notis*; AG 7) mediante la acción invisible del Espíritu de Cristo.

4. También hay que destacar que esta acción del Espíritu no se contrapone sino que debe ser puesta *en relación con la acción particular en la Iglesia*. En las religiones actúa el mismo Espíritu que guía a la Iglesia; el Espíritu es «uno solo» (1 Co 12, 4-11; Ef 4, 4-6). La acción del Espíritu en las religiones tiene como fin asociar a los hombres al misterio de Cristo y de la Iglesia. Mientras que las religiones cuentan con una presencia «universal» del Espíritu, la Iglesia es el lugar donde se da una acción «particular» de este mismo Espíritu. Estamos ante dos regímenes de salvación distintos. La plenitud de la presencia y acción del Espíritu está vinculada a Cristo —plenitud de la revelación— y, con Él, a la Iglesia. San Ireneo recogió estas ideas al afirmar que «donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia»²⁸. Por esto mismo, la mediación sacramental que pueden ejercer las religiones es distinta de la que realiza la Iglesia no sólo en grado sino también por su naturaleza.

25. Cfr. H.U. VON BALTHASAR, *Le Saint-Esprit. L'inconnu au delà du Verbe*, en «Lumière et vie» 13/67 (1964) 115-126.

26. JUAN PABLO II, Carta Ap. *Tertio Millenio Adveniente* (10-11-94), 45.

27. Este es el sentido de las afirmaciones conciliares según la exégesis que realiza F. FERNÁNDEZ MALIEKAL, *God's Secret Ways of Salvation. A Hermeneutical Study of Vatican II Statements on God's Hidden Ways of Salvation Outside the Church*, Doctoral Thesis, Salesian Pontifical University, Rome 1992.

28. S. IRENEO, *Adversus haereses*, III, 24, 1.

Todos los hombres que, por la gracia de Dios, están llamados a la salvación —afirma el Concilio— «son llamados a esta unidad católica del Pueblo de Dios, que simboliza y promueve la paz universal» (LG 13). Así, la llamada universal a la salvación comporta —según *Lumen Gentium*— la llamada para formar parte de la Iglesia. La constitución conciliar explica esta vocación como «ordenación». Posteriormente, en *Gaudium et Spes* se indica que estos hombres pueden estar asociados (*consociati*) al misterio pascual y, por tanto, son asimilados a la muerte de Cristo y a su resurrección. Esta asociación al misterio de Cristo es también una asociación a su cuerpo, que es la Iglesia. En un reciente documento de la Comisión Teológica se avanza más al subrayar que no sólo hay una ordenación sino una vinculación con el misterio de Cristo y de su cuerpo: «Aunque falte a esta unión espiritual la expresión visible de pertenencia a la Iglesia, los no cristianos justificados están incluidos en la Iglesia “cuerpo místico de Cristo” y “comunidad espiritual” (LG 8)»²⁹; por ello «se puede hablar no sólo en general de una ordenación a la Iglesia de los no cristianos justificados, sino también de una vinculación»³⁰, aunque no se trate de una pertenencia. Aun participando de la gracia del Misterio Pascual que comunica el Espíritu, los no cristianos no pertenecen formalmente a la Iglesia³¹.

Esta idea puede ponerse en relación con la afirmación conciliar de que la Iglesia fue «prefigurada desde el origen del mundo» (LG 2)³². Los Padres expresaron esta idea al hablar de una *ecclesia ab Abel*. San Agustín, que desarrolló la idea, se refiere con ello a una posible comunidad de los justos, los piadosos, que tiene su modelo bíblico en Abel. «Desde Abel el justo hasta el fin de los tiempos —dice Agustín— todos los hombres, que caminan siempre en rectitud por la vida, forman el cuerpo entero de Cristo»³³.

29. CTI, *El cristianismo y las religiones*, n. 72.

30. *Ibidem*, n. 73.

31. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Missio* (7-12-90), 10.

32. Ya en el siglo II, Hermas presenta a la Iglesia como una anciana porque «fue creada antes de todas las cosas» (*El Pastor*, vis. II, 4, 1). Para Orígenes la Iglesia existe «desde el comienzo del género humano y de la misma creación del mundo» (*Comentario al Cantar de los Cantares*, I, 11-12: PG 13, 134).

33. S. AGUSTÍN, *Sermo* 341, 9, 11 (PL 39, 1499 s.); *De civitate Dei*, 18, 51 (PL 41, 614). El primero en formular esta idea fue San Agustín. La expresión es utilizada también por S. GREGORIO MAGNO, *Hom. Ev.*, 19, 1 (PL 76, 115 B); se refleja en y J. DAMASCENO, *Adv. icon.*, 11 (PG 96, 1358). Cfr. M. SCHMAUS, *Teología dogmática*, IV, Rialp, Madrid 1962, pp. 73 s.; Y. CONGAR, *Ekklesia ab Abel*, en M. REDING-H. EIFFER-Fr. HOFMANN (eds.), *Abhandlungen über Theologie und Kirche*, Düsseldorf 1952, pp. 79-108. Según el Vaticano II, al fin de los tiempos, tal «como se lee en los santos Padres, todos los justos descendientes de Adán, “desde Abel el justo hasta el último elegido”, se congregarán ante el Padre en una Iglesia universal» (LG 22).

5. De acuerdo con las ideas que venimos desarrollando hay que subrayar que todo lo que el Espíritu obra en las religiones *tiene un carácter de preparación evangélica* pues está referido a Cristo y a la Iglesia. La finalidad de la acción del Espíritu es reconducir los hombres a Cristo y edificar la Iglesia. En la encíclica *Redemptoris Missio* se recuerda que «Todo lo que el Espíritu obra en los hombres y en la historia de los pueblos, así como en las culturas y religiones, tiene un papel de preparación evangélica y no puede menos de referirse a Cristo, Verbo Encarnado por obra del Espíritu»³⁴. Es Cristo quien lleva «a cumplimiento» (Mt 5, 17) lo que el Espíritu de Dios ha sembrado en las religiones. Por esto, el reconocimiento de la presencia del Espíritu no disminuye, sino que aumenta la urgente necesidad misionera de la Iglesia³⁵. Ahora bien, precisamente porque en las religiones ya actúa el Espíritu, habrá que evitar en la misión toda actitud de paternalismo o de desprecio. La misión ha de comenzar con el respeto, la estima y el discernimiento de lo que el Espíritu obra.

6. La tarea más difícil es precisamente la de *discernir cuáles son en concreto las huellas del Espíritu* en cada una de las religiones. En cualquier caso el punto de referencia para el discernimiento de la acción universal del Espíritu será la acción particular en la Iglesia. Así lo explica L. Gilkey: «Así como, en la primera Iglesia, el criterio para la utilización del logos universal fue el logos hecho carne, asimismo, para la Iglesia de hoy, el criterio de que el Espíritu está actuando en el mundo es y debe ser el Espíritu revelado por y en los Símbolos constitutivos de la vida de la Iglesia; el Espíritu en la vida de la Iglesia es el criterio de la actuación del Espíritu en el mundo»³⁶. La convicción del cristiano de que ha sido «sellado con el Espíritu Santo de la promesa» (Ef 1, 13) no le ahorra la tarea de estar atento a los frutos del Espíritu siguiendo la máxima paulina: «todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta» (Flp 4, 8). Ahora bien, debemos reconocer que, aunque es posible distinguir estos frutos en la vida personal de los individuos, «es muy difícil identificar en las otras tradiciones religiosas elementos de gracia, capaces de sostener la respuesta positiva de sus miembros a la llamada de Dios»³⁷.

34. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Missio* (7-12-90), 29.

35. Cfr. J. LÓPEZ-GAY, *El Espíritu Santo en los no cristianos y el sentido de la misión*, en J. SARAIVA (ed.), *Credo in Spiritum Sanctum*, vol 2, Editrice Vaticana, Vaticano 1983, pp. 1265-1279.

36. L. GILKEY, *L'Esprit et la découverte de la vérité dans le dialogue*, en AA.VV., *L'expérience de l'Esprit*, Beauchesne, Paris 1976, p. 232.

37. *Diálogo y anuncio*, n. 30.

3. CÓMO ACTÚA EL ESPÍRITU EN LAS RELIGIONES

Hemos examinado la afirmación de que el Espíritu Santo está presente y actúa en las tradiciones religiosas de los pueblos. Podemos concretar esta primera afirmación un poco más exponiendo en qué expresiones religiosas se puede detectar esa presencia. Nos fijaremos en la acción del Espíritu Santo tanto en el origen de las religiones como en sus principales manifestaciones.

1. La presencia del Espíritu Santo es perceptible en el mismo *origen de la religión*. El Espíritu capacita al hombre para conocer y amar a Dios y le impulsa a reconocer su presencia en el cosmos y en el mismo hombre.

En efecto, es el Espíritu el que vuelve al hombre *capax Dei*, ser religioso, deseoso constantemente de ver a Dios, con nostalgia de la presencia de Dios. Por la acción del Espíritu el hombre es espiritual; es el Espíritu el que imprime la imagen y semejanza divina en el hombre y le hace un ser deseoso de Dios, llamado a la comunión con él. Por ser imagen, el hombre no sólo es racional y libre, sino que «además, desde el principio (tiene) capacidad de una relación personal con Dios, como “yo” y “tú”»³⁸.

El hombre puede reconocer a Dios en el mundo también por obra del Espíritu. En efecto, por la acción del Espíritu Santo, Dios se hace presente en el mundo, lo penetra con su potencia y lo mantiene en relación a Él. Por eso el mundo habla de Dios y puede conducir a Dios. El hombre religioso descubre la presencia sacramental de Dios en la realidad visible. Por el Espíritu lo creado tiene un significado, es palabra significativa, reveladora de la voluntad de comunión de Dios con sus criaturas. El mundo es teofanía de Dios por la acción del Espíritu, la cual es necesaria también para leer el mundo como signo de Dios.

El Espíritu va más allá, porque también nos hace ver a Dios, presente en la experiencia humana, cuando ésta se vive en profundidad. Es el Espíritu el que mantiene vivas en el corazón de los hombres las preguntas existenciales que le conducen a la búsqueda religiosa de Dios y llena con su gracia los corazones (*imple superna gratia / quae tu creasti pectora*). Dios atrae a todo hombre por medio del Espíritu que actúa en su corazón despertando y robusteciendo su anhelo de Dios. Por esto afirma el Concilio que «el hombre, atraído sin cesar por el Espíritu de Dios, nunca jamás será del todo indiferente ante el problema religioso» (GS 41). La convicción que subyace a esta afirmación es que toda experiencia auténticamente humana como el trabajo, el dolor, el

38. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et vivificantem* (18-5-86), 34.

amor, la libertad, el tiempo libre o la misma muerte, se convierten en signos que remiten a Dios. No se trata sólo de preguntas que surjan ante situaciones-límite (Jaspers) o ante la vivencia de la contingencia, «sino de la estructura misma de su ser»³⁹.

Con la ayuda del Espíritu el hombre puede profundizar en su propia verdad, que es la de un ser capaz de Dios, abierto a la relación con Dios. El Espíritu llama a cada hombre a no contradecir su profunda apertura al misterio absoluto y trascendente de Dios. Como indica P. Rossano, toda la vida del hombre está bajo el signo del Espíritu y esto se refleja, de modo especial, en su búsqueda religiosa de Dios. «En particular toda la búsqueda del trascendente y del infinito y toda la apertura, la donación y la comunión auténtica con los hombres, deberá ser fruto del Espíritu»⁴⁰.

2. El Espíritu no sólo está presente en el origen de la religión, sino también *en sus principales manifestaciones y expresiones* y, muy especialmente, en las creencias, el culto y la vivencia moral. Allí donde haya unas creencias verdaderas, un culto auténtico, un comportamiento moral recto, el cristiano reconoce la presencia y actuación del Espíritu de Dios.

Se puede encontrar la acción del Espíritu, en primer lugar, en las creencias de las personas religiosas. Cuando uno se acerca a la historia de las religiones —afirma Bouyer— tiene la impresión de que, junto a muchos elementos deficientes, se dan «impulsos proféticos del Espíritu, visiones apocalípticas de la verdad, de aquella verdad de Dios que todas las cosas constantemente tratan de decirnos, pero que el Espíritu encuentra tantas dificultades en hacernos escuchar»⁴¹. Incluso se podría decir que los siglos VII-VI a.C. supusieron un momento especial de gracia. Fue entonces cuando apareció Buda en la India, Confucio y Lao-tse en China, Zaratustra en Irán, los profetas mayores en Israel⁴². En las nobles creencias que estos y otros «santos» de las religiones sostuvieron podemos reconocer la presencia constante y anónima del Espíritu, que está sembrando las semillas del Evangelio. También la misma firmeza de las creencias puede ser vista como un «efecto del Espíritu de verdad, que actúa más allá de los confines del Cuerpo Místico»⁴³.

39. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Missio* (7-12-90), 28.

40. P. ROSSANO, *Lo Spirito Santo nelle religioni e nelle culture non cristiane*, en J. SARAIVA (ed.), *Credo in Spiritum Sanctum*, vol. 2, Editrice Vaticana, Vaticano 1983, p. 1400.

41. L. BOUYER, *Le Consolateur*, Cerf, Paris 1980, p. 377.

42. Cfr. F. LAMBIASI, *Lo Spirito santo: mistero e presenza*, EDB, Bologna 1987, pp. 196-199.

43. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, 6.

Junto a las creencias, la acción real, aunque no reconocida, del Espíritu se puede advertir en la profundidad de la conciencia de las personas y en el sentido moral de los pueblos y en las grandes tradiciones religiosas⁴⁴. Hay consejos morales como el de no hacer a los demás lo que no queremos que nos hagan, dado por Confucio, o en el de amar a los demás, que sostuvo el chino Mo-tse (480-400 a.C.), que se pueden tener como frutos auténticos de la acción del Espíritu. También se manifiesta esta acción en la vida moral de las personas religiosas y especialmente en su vivencia de algunas virtudes. Juan Pablo II, hablando a los representantes de otras religiones, afirma encontrar «en las virtudes de la gentileza, de la bondad, de la discreción, de la dulzura y del coraje, inculcadas por vuestras tradiciones religiosas, los frutos de ese Espíritu divino que, según nuestra fe, es “amigo de los hombres”, “llena todo el orbe” y “lo abarca todo” (Sab 1, 6-7)»⁴⁵.

También se extiende esta acción a las prácticas religiosas de los creyentes de otras religiones. Hay que tener en cuenta que allí donde se da una auténtica experiencia religiosa, allí está activo el Espíritu de Dios. Cualquier experiencia de Dios no puede provenir sino del Espíritu. «Las cosas de Dios —advierte San Pablo— nadie las conoce sino el Espíritu de Dios» (1 Cor 2, 11). En particular la oración, pero también muchos ritos y prácticas de las religiones ayudan a las personas a tener una viva experiencia de Dios. Los cristianos —afirma Juan Pablo II— «confiamos en que, allí donde el espíritu humano se abra en la oración a este Dios desconocido, se escuchará un eco del mismo Espíritu que, conociendo los límites y la fragilidad de la persona humana, ora en nosotros y por nosotros»⁴⁶. Los demás ritos de las religiones pueden tener una función cuasi-sacramental en cuanto que son medios visibles de la salvación invisible⁴⁷. Sin embargo, no son propiamente sacramentos, pues estos ritos y prácticas religiosas no siempre ayudan a las personas a ponerse en comunión con Dios, e incluso pueden ser inmorales⁴⁸.

44. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis Splendor* (6-8-93), 94.

45. JUAN PABLO II, *Discurso* (24-2-81).

46. JUAN PABLO II, *Mensaje a todos los pueblos de Asia desde Radio Veritas*, Manila (21-2-1981). Otro texto esclarecedor es el siguiente: «toda auténtica plegaria está movida por el Espíritu Santo, que está presente misteriosamente en el corazón de cada persona» (*Discurso* [22-12-1986], 11).

47. La escolástica medieval desarrolló, a este propósito, el tema de los «sacramentos de la ley natural». Para Tomás de Aquino «era necesario que antes de la venida de Cristo hubiera algunos signos sensibles mediante los cuales el hombre atestiguase su fe en la venida futura del salvador. Tales signos se llaman sacramentos. Luego antes de la venida de Cristo fue necesario instituir algunos sacramentos» (*Summa Theologiae*, III, q. 61, a. 3). El autor que desarrolló especialmente esta cuestión fue el teólogo dominico Roberto Kilwardy.

48. Es decir, lo que nunca hay en estos ritos es la acción del Espíritu «ex opere operato». Su validez depende, en buena parte, de las actitudes de los hombres religiosos que los realizan.

El Espíritu Santo es también el que, inspirando a muchas personas religiosas sinceras, les otorga un conocimiento verdadero —a pesar de ser imperfecto— de Dios⁴⁹. En las religiones podemos encontrar muchas personas sabias y piadosas que han reconocido en el cosmos la huella de Dios y han vivido auténticas experiencias religiosas. Especialmente los fundadores de muchas religiones parecen haber tenido un conocimiento particular de Dios y de su voluntad. Esta experiencia de los sabios y los «santos» de las naciones está conducida por el Espíritu. Es el Espíritu el que ilumina la inteligencia, hace dócil el corazón del hombre a Dios, le hace andar conforme a sus pasos y le ayuda a realizar sus empresas⁵⁰.

La acción del Espíritu se puede reconocer también en algunos libros sagrados de las religiones, con los cuales se alimenta y sostiene la vida religiosa de sus fieles. Estos libros, en cuanto contienen «semillas del Verbo», «rayos de verdad», tienen palabras de Dios. Ellos recogen también la memoria de experiencias suscitadas por el Espíritu, de oraciones y de creencias en las que ha actuado el Espíritu. Por ello se puede reconocer que en su misma composición ha habido una iluminación divina, la cual hay que distinguir, sin embargo, de la inspiración⁵¹. En efecto, aunque pueden contar con una iluminación particular de Dios, los libros sagrados de las religiones recogen palabras de los sabios, que están sujetas a error. Además, no todo lo que contienen estos libros puede ser considerado como fruto de la acción de Dios. Por ello, hay que entenderlos siempre a la luz de la palabra última y definitiva de Dios contenida en las Escrituras inspiradas.

4. EL ESPÍRITU IMPULSA AL DIÁLOGO

La actividad y presencia del Espíritu Santo en las religiones fundamenta teológicamente la importancia del diálogo con sus seguidores. El reconocimiento de la acción del Espíritu en las tradiciones religiosas de los hombres exige del cristiano una actitud de diálogo, con el fin de descubrir esta acción universal del Espíritu. El Concilio animaba a establecer ese diálogo «deseando que el coloquio abierto nos mueva a todos a recibir fielmente los impulsos del Espíritu y a ejecutarlos con ánimo álcere» (GS 92).

La actitud del cristiano ha de ser de atención y escucha de lo que en otros creyentes puede obrar el Espíritu para descubrir los signos de

49. Cfr. CTI, *El cristianismo y las religiones*, n. 90; *Diálogo y anuncio*, n. 30.

50. Cfr. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1997, pp. 712s.

51. CTI, *El cristianismo y las religiones*, n. 92.

esa acción y sacar provecho de ello. Impulsando la piedad sincera de un hinduista, la práctica budista de la compasión, la firme creencia en Dios de un musulmán o la oración confiada de un judío se encuentra el Espíritu de Dios. En las religiones se expresa la búsqueda de Dios que millones de personas viven y la vida espiritual sincera de muchos hombres. Ellas les han enseñado a rezar y a unirse con Dios. El cristiano puede y debe reconocer y respetar esta acción del Espíritu, que permanece ignota para los demás.

El diálogo con los miembros de otras religiones puede conducirnos no sólo a la comprensión y respeto mutuos, sino —cuando se realiza en profundidad— al testimonio del propio credo, al descubrimiento de las respectivas creencias religiosas y a un compromiso más profundo⁵². Y habrá que dejarse cuestionar por lo que el Espíritu ha obrado. La tarea de la Iglesia hoy, como siempre es «escuchar la voz del Espíritu» (Ap 2, 7). Descubrir la presencia y la acción del Espíritu, que actúa en todas partes, es una tarea gozosa para el creyente y exige por su parte una plena docilidad al Espíritu.

* * *

En esta comunicación he esbozado un primer acercamiento a la cuestión de la relación entre las religiones y el Espíritu. Como ya señalé, estas reflexiones requieren ser proseguidas, lo cual podría realizarse en dos direcciones. Por un lado, es preciso especificar mejor cuál es la relación entre las diversas formas de presencia universal del Espíritu —culturas, religiones, otras tradiciones, etc.— y de éstas con la irrupción singular del Espíritu Santo en la Iglesia. Para avanzar en esta dirección será preciso profundizar en la especificidad de la acción del Espíritu Santo y en su relación con la acción de Cristo. Otra línea de profundización tendría como objetivo descubrir y discernir la acción del Espíritu en cada una de las religiones. No podemos olvidar que la religión sólo existe en las religiones y que el discurso genérico sobre la religión debe siempre concretarse en el diálogo y encuentro con los hombres de las diversas religiones.

52. Cfr. *Diálogo y anuncio*, n. 40.

